

## VIAJES Y CONVERSACIONES

Por muy abstracta que nos parezca a veces y por muy lejos que quede de las artes narrativas o descriptivas, la música, incluso en sus formas más inconcretas, es una de las vías de que disponemos para representarnos el mundo. Sin necesidad de evocar nada con precisión, el arte de los sonidos se convierte en seguida en el arte de los universos porque el temblor del tímpano, al transmitirse a las interioridades de la mente de cada espectador, da origen allí a cosmogonías variadas y potentes.

No es de extrañar, entonces, que la música pueda incluso llevarnos de viaje. En el primer concierto de este ciclo de Solistas del Siglo XXI, Heitor Villalobos nos conduce a la selva amazónica, embarcados, eso sí, en una forma sonata de reglamento. Paisaje exótico y sonata bitemática: parece contradictorio, pero los viajes son así. Viajar significa entrar en contacto -en contradicción- con un mundo distinto, a veces lejano, y ese es el gran mérito de Villalobos: reunir fructíferamente la tradición musical europea con la vibrante realidad americana. Stefano Russomanno lo explica en sus notas: Villalobos combina la geometría de la abstracción con la geografía de la vegetación sonora.

De otro viaje fascinante, el que hizo Gershwin a la negritud, surgió el monumento singular que es la ópera *Porgy and Bess*. En su país, tres siglos de vaivén entre lo culto y lo oral han acabado por mezclarlo todo en un magnífico crisol. Allí viven a gusto sin los distinguos que aquí necesitamos: en un lado, la música culta; en otro, la popular rural; en un tercero, la popular urbana, y así sucesivamente. Durante el recital de Virginia Wagner y Mario Villoria, con trozos de *Porgy* y de musicales Broadway, se difuminarán esas fronteras. Pero hay otras maneras de viajar entre el arte culto y el de la gente. A propósito del *Marinero en tierra* de Rodolfo Halffter y Rafael Alberti, Alberto González Lapuente habla de convivencia y de arte posible, a la vez elaborado y cercano. Es, efectivamente, arte grande vertido en versos de arte menor. Y a propósito de *Goyescas*, donde Granados viaja un siglo atrás, Lapuente recuerda una perla de Adolfo Salazar: gustaremos "el agri-dulce del anacronismo".

Por otra parte, el viaje constituye un párrafo clave de la biografía artística de casi todos los músicos. "El viaje" de los españoles era generalmente a París y el de los franceses a Roma, a su "Villa Médicis". El viaje formativo de los americanos del sur ha sido muchas veces doble: al norte estadounidense y a la vieja Europa. Así fue para los componentes del Cuarteto Arcano y también para el compositor Joaquín Gutiérrez Heras. En México tuvo a Blas Galindo y a nuestro Rodolfo Halffter. Luego, buscó en París a Boulanger y Messiaen y en USA a Persichetti.

Se puede viajar, como vemos, buscando mundos y maestros, pero el viaje musical por excelencia debe ser buscar el sancta sanctorum de la música: el sonido. El recital de Pável Gomziakov y Eldar Nebolsin lo ejemplifica bien. El compositor se dirige al sonido experimentando extrañeza, como Schubert ante el extraño sonar del "arpeggione"; con nostalgia, como Cassadó ante el eco de su querida cobla; o con admiración, como el viejo Prokofiev ante el admirable violonchelo del joven Rostropovich. Gomziakov nos traerá el eco de esa fascinación porque, a través de su profesora Natalia Shakhovskaya, es heredero del sonido de Rostropovich.

Parecida admiración hubo de sentir Prokofiev ante el sonido de otro joven portento, Sviatoslav Richter, que estrenó su *Octava sonata* para piano. Pero, en vez de "viaje al sonido" deberíamos haber dicho "a los sonidos", porque el recital de Enrique Bernaldo de Quirós mostrará cuántos pianos distintos puede haber dentro de un mismo piano. Tanto Ravel en *Miroirs* como Albéniz en *Iberia* inventan un piano nuevo, un tipo de sonido que antes no existía, una forma propia de reverberar que anuncia el nombre de sus autores sin la menor duda y a distancia.

Los viajes implican contradicción, ya lo hemos dicho, pero se trata de una contradicción dialéctica: el viajero dialoga su itinerario y, a veces, con su destino. Los viajes musicales son en realidad conversaciones. En la conversación camerística es donde la música alcanza buena parte de sus más altos logros. En este ciclo de conciertos, la conversación podrá girar en torno a los